

rey y volvió al cabo de media hora tan tranquilo y tan amable como antes, pero pronunciando estas palabras: «Mucho ha costado, pero al fin mi padre ha consentido.» Este consentimiento habíalo expresado el monarca por medio de una nota marginal escrita con lápiz en una de mis últimas Memorias, que decía poco más ó menos: «En vista de que el presidente del Consejo de ministros me deja en la estacada delante del enemigo y de que aquí me es imposible reemplazarlo, he discutido la cuestión con mi hijo, y puesto que éste se ha adherido al criterio del presidente, véome con gran sentimiento obligado á morder esta manzana tan agria, después de las brillantes victorias del ejército, y á aceptar una paz tan ignominiosa.» Aun cuando no tengo á mano ahora aquel documento, no creo equivocarme respecto de los términos en que estaba concebido. De todos modos, su sentido era el indicado, y á pesar de la dureza de las frases fué una solución agradabilísima para mi tensión de ánimo, que ya se me hacía intolerable. Acepté de buen grado el real asentimiento á lo que yo había considerado como políticamente necesario, y no me dí por resentido de la forma poco amable en que venía expresado. En aquella ocasión precisamente prevalecían en el ánimo del rey las impresiones militares, y la necesidad de proseguir la serie de triunfos hasta entonces tan brillantes pesaba en él más que todas las consideraciones políticas y diplomáticas.»

En tanto, el ejército italiano, excitado por la derrota de Custoza y sin cuidarse de que Venecia era por el momento territorio francés, se había puesto en marcha el 5 de julio; Cialdini había pasado ya el Po, y su ala izquierda, á las órdenes de Medici, avanzó entre frecuentes escaramuzas, en 21 de julio, en dirección de Trento, pasando por Val Sugana, mientras que Cadorna, con cuarenta y cinco mil hombres, se ponía en movimiento contra Trieste. También se esperaba un hecho notable, como la destrucción de la escuadra austriaca y el apoyo del ataque de Cadorna á la península de Istria por la escuadra italiana, en la cual se habían gastado sumas extraordinarias. Esta esperanza no se realizó. El almirante Persano hizo fuego en vano el 18 y 19 de julio contra las fortificaciones de Lissa, y el 20 fué atacado por el almirante austriaco Tegethoff, que acudió desde Pola. La escuadra austriaca formaba tres falanges precedidas por siete acorazados, seguidos de los grandes buques de madera y demás barcos menores. La italiana se formó en dos grandes líneas. En la primera se situaron doce acorazados, divididos en tres grupos, separados entre sí por anchos espacios. En la segunda línea se colocaron á considerable distancia de la primera los barcos de madera, con el buque almirante de Persano, si bien el almirante no se hallaba en él, sino á bordo del pequeño *Affondatore*, con el cual se dirigió contra la última falange austriaca sin que consiguiera ventaja alguna. Tegethoff pasó por uno de los espacios de la línea italiana y atacó por la retaguardia al grupo del centro, arrojándose con cuatro acorazados sobre el buque almirante, en cuyo auxilio sólo acudió el acorazado *Palestro*, mientras los buques italianos de madera se abstuvieron temerosos de tomar parte en la

pelea. Los demás acorazados italianos tuvieron que resistir los ataques de los buques austriacos de madera. Tegethoff, después de haber cercado el buque almirante enemigo por todos lados, lo embistió súbitamente con el suyo de costado y le abrió una ancha y formidable vía de agua, que echó á pique en pocos minutos el buque con toda su tripulación. El *Palestro* pudo salir del combate, pero una bala había incendiado sus carboneras, el fuego se extendió y llegó á la santabárbara, y la nave se hundió después de una horrible explosión. Los austriacos no perdieron ningún buque, aunque el de madera *Kaiser* se incendió y tuvo que retirarse. El almirante Tegethoff atravesó con toda su escuadra las líneas enemigas y se colocó detrás de ellas con la popa contra las fortificaciones de Lissa. Persano se apresuró á aprovechar su provisión de carbón y llegar á Ancona, en cuyo puerto se hundió el *Affondatore* en circunstancias muy sospechosas. La batalla de Lissa fué un desastre mayor que el de Custoza. Tan deplorable era el estado de la escuadra y de los ánimos después del duro desengaño, que el ministro no pudo encontrar un almirante resuelto á emprender un segundo ataque marítimo.

Algunos días antes del desastre de Lissa había pasado el príncipe Napoleón á Italia para inducir á su suegro á una política más pacífica, y pocos días después de Lissa firmó Prusia el armisticio de Nikolsburgo é invitó al gobierno italiano á entrar en él, lo cual éste se apresuró á hacer. Ya en 25 de julio había reconocido Visconti-Venosta que el cambio de situación, es decir, la actitud de la Rusia, obligaba á ceder, porque el fracaso de la mediación francesa hubiera arrojado á Napoleón forzosamente en brazos de Rusia. Así fué que tan luego como Benedetti hubo cumplido en 29 de julio, por medio de una comunicación oficial y escrita, la condición admitida en la paz de Nikolsburgo, de que Francia pusiera el Véneto á disposición de Italia, declaró Barral que su gobierno aceptaba el armisticio, que debía empezar para Italia el 2 de agosto.

El cambio de comunicaciones entre París y el cuartel general prusiano era muy activo. Napoleón hubiera podido elegir entre dos políticas, pero ambas exigían el armamento inmediato de Francia: reclamar la orilla izquierda del Rin si Prusia se anexionaba grandes territorios, ó bien oponerse á dichas anexiones, declarando que Francia no pedía la orilla izquierda del Rin, pero defendería á los Estados alemanes; proponiendo al mismo tiempo la reunión de un congreso europeo para resolver las cuestiones pendientes. Para la primera política era tarde; la segunda era mejor y más práctica, y, según confesión de Bismarck, hubiera tenido buen éxito; pero Napoleón no optó por la una ni por la otra; y si bien se había mostrado siempre favorable á la reunión de un congreso, esta vez desistió, á pesar de haber tomado Rusia la iniciativa de una manera inesperada. El príncipe de Gortchakof, canciller de Rusia, que había cometido la falta de abandonar á Dinamarca, estaba dispuesto á no reincidir en daño de los pequeños Estados alemanes, y propuso á Francia el envío por Inglaterra y Rusia de una nota idéntica á Berlín, negando á Prusia el derecho

de abolir por sí sola la Confederación germánica y crear otra nueva de la Alemania del Norte. Parece que el tsar Alejandro II se dirigió personalmente á Napoleón para pedirle que se asociase á la protesta de Rusia; pero aunque era probable que Inglaterra aceptara, el emperador no se adhirió á las ideas del gobierno ruso.

Se explica que Napoleón no fuese ya partidario de la reunión de un congreso europeo, porque éste no hubiera consentido la rectificación de la frontera á favor de Francia, con la que soñaban lo mismo el emperador que su ministro M. Drouyn de Lhuys; si bien éste confiaba obtenerla por medio de una actitud apoyada por los armamentos, mientras que Napoleón contaba llegar al mismo resultado gracias á la buena voluntad de Prusia.

XXIV

LA PAZ DE NIKOLSBURGO. — LA FRONTERA DEL RHIN.

La primera parte de las condiciones de paz de Prusia consistía en la salida de Austria de la confederación alemana, condición que el príncipe de Reuss logró hacer aceptar desde luego al gobierno francés. Napoleón juzgó que si salía Austria de la confederación era justo que se le garantizara la inviolabilidad de su propio territorio. En su consecuencia, recomendó el siguiente proyecto de bases de paz á los interesados, á los cuales lo participó Drouyn de Lhuys en 14 de julio:

- 1.º Se conservará el territorio de Austria, exceptuando á Venecia.
 - 2.º Austria reconoce la disolución de la actual confederación alemana y no se opone á la formación de una nueva confederación en Alemania, en la que no tomará parte alguna.
 - 3.º Prusia formará una confederación de la Alemania del Norte que comprenderá todos los Estados al Norte de la línea del Mein, y se encarga del mando en jefe de las fuerzas armadas de estos Estados.
 - 4.º Los Estados alemanes situados al Sur del Mein tendrán el derecho de formar una federación de la Alemania del Sur, federación que tendrá una existencia internacional independiente.
 - 5.º Las relaciones internacionales entre la confederación del Norte y la del Sur de Alemania se arreglarán libremente de común acuerdo.
 - 6.º Los ducados del Elba serán reunidos á la Prusia, excepto los distritos en el Norte del Schleswig, cuyos habitantes deseen ser devueltos, conforme podrán manifestarlo libremente, á la Dinamarca. El Austria y sus aliados indemnizan á la Prusia de una parte de sus gastos de guerra.
- Y 7.º Si estas bases fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, podría hacerse inmediatamente un armisticio y quedaría abierto el camino para el restablecimiento de una paz sólida y equitativa.

No se hablaba de las pretensiones ya anunciadas de Prusia de ensanchar su territorio para unir las dos grandes fracciones de la monarquía prusiana. El rey de Prusia hizo telegrafiar á París que no podía considerar el proyecto de paz suficiente, porque era necesario un aumento territorial de Prusia á expensas de los Estados enemigos en el Norte de Alemania; pero que bastaba, suponiendo el consentimiento de Italia, para un armisticio con el objeto de llegar á una